

de S. A. Ilustrísima el archiduque Fernando Maximiliano y revestido de sus sellos.

—“Hecho y pasado de esta suerte en el castillo de Miramar, el noveno día del mes de abril del año de gracia mil ochocientos sesenta y cuatro. —FRANCISCO JOSÉ.—MAXIMILIANO.”

Los archiduques, los ministros y los cancilleres áulicos pusieron sus firmas bajo las de ambos soberanos. La archiduquesa Carlota no apareció sino hasta que estas formalidades estuvieron enteramente terminadas. Tomó entonces el brazo del Emperador para pasar al comedor, donde estaba servido el almuerzo.

A la una de la tarde, el Emperador volvía á tomar el tren especial que le llevara por la mañana. Al salir del castillo, no hizo al Archiduque más que el saludo militar, conforme á la etiqueta, lo mismo que al uniforme de que nunca se despoja.

Pero cuando se encontró en la estación, en el momento de subir á su coché, su corazón se conmovió, pensando en una separación cuyo término y cuyas consecuencias no podía prever nadie: la ternura pudo más que el rencor. El Emperador se volvió bruscamente hacia el Archiduque y con acento penetrante y afectuoso, prueba de que en ese instante se borraban todos los resentimientos:

—¡Max!—exclamó.

Y le abrió los brazos. Maximiliano se precipitó en ellos: los dos hermanos permanecieron más de un minuto estrechamente abrazados.

Por última vez, ¡ah! porque no habrían de volverse á ver!

## CAPITULO X

Reunión en Miramar. — Alocución del señor Gutiérrez Estrada. — Respuesta en español de Maximiliano. — Juramento del Emperador. — Decreto que nombró al general Almonte teniente del imperio. — Carta al Podestá de Trieste. — Partida á bordo de la fragata “Novara,” el jueves 14 de abril de 1864. — Palabras proféticas de Maximiliano.

Ahora el acuerdo existía entre Francisco José y su hermano. La aceptación definitiva y solemne de la corona de México podía, por fin, verificarse. La ceremonia, aplazada muchas veces por motivo de los penosos incidentes que acabamos de relatar, se fijó para el día siguiente, 10 de abril. El Archiduque hizo prevenir á la delegación que la recibiría á las once de la mañana.

Era un domingo.

Era la costumbre que los domingos se abriesen los jardines del castillo de Miramar á la población de Trieste. Júzguese si en aquel día aprovecharía el permiso. Fué en medio de una multitud inmensa como los cuatro coches de gala, precedidos por maceros con la librea del Archiduque, condujeron á los enviados mexicanos. El señor Gutiérrez Estrada, el señor Velázquez de León y el general Woll ocupaban el primero, con el conde Hadik, edecán del príncipe. Los otros tres, llenos de personajes oficiales, seguían.

La multitud gritaba, aclamaba, manifestaba su alegría y su entusiasmo. Los buques, anclados en el puerto, estaban empavesados. El sol, que brillaba en un cielo admirablemente puro, daba á esta escena verdaderamente grandiosa, una incomparable irradiación.

En el umbral del palacio, el nuevo gran maestro de la casa de la Emperatriz, conde Zichy, recibió á los miembros de la diputación y luego les introdujo al gran salón azul del primer piso. Allí se encontraron en presencia del Archiduque y de la Archiduquesa.

Maximiliano vestía el uniforme de almirante de la marina austriaca, que hacía resaltar su alta estatura y su bella presencia. La princesa Carlota vestía un traje de seda color de rosa, con la cinta negra de la orden de Malta en bandolera. Una diadema de brillantes resplandecía en su cabeza.

En una mesa, cerca de Sus Altezas, habían sido depositadas todas las actas de adhesión enviadas de México: figuraban allí, como la expresión del voto nacional venido hasta Miramar, y en esa ceremonia de la coronación representaban lo que hoy día constituye el derecho de los soberanos: la voluntad del país.

Numeroso y brillante grupo rodeaba al príncipe y á la princesa. En primer término, el enviado del Emperador de los franceses, general Prosard; el conde O'Sullivan, embajador de Bélgica en Viena; M. Herbet, plenipotenciario encargado por el gobierno francés para la firma de los tratados; M. de Radonetz, capitán de fragata y pre-

fecto del palacio; M. Morier, comandante de la fragata francesa *Themis* y, finalmente, las damas de honor y todos los oficiales de la casa . . .

El señor Gutiérrez Estrada que veía coronarse por fin sus esfuerzos con el éxito, avanzó algunos pasos y tomó la palabra.

En una conmovedora alocución, recordó al príncipe las esperanzas que diera á la nación mexicana el 3 de octubre anterior; le repitió la unanimidad de las adhesiones venidas de todos los grandes centros de México, los votos que allí le llamaban, para realizar el lema de sus abuelos, inscrito en Viena en un arco de triunfo, frente al palacio imperial: *Justitia regnorum fundamentum* (La justicia es el fundamento de los imperios.)

Como en sus anteriores discursos, el señor Gutiérrez Estrada se expresó en francés. Maximiliano, adoptando la lengua de su nueva patria, leyó su respuesta escrita en español:

“Un maduro examen de las actas de adhesión que habéis venido á presentarme, me da la confianza de que el voto de los Notables de México, que os condujo hace poco por primera vez á Miramar, ha sido ratificado por la inmensa mayoría de vuestros compatriotas, y de que puedo yo considerarme desde ahora, con buen derecho, como el elegido del pueblo mexicano. Así está cumplida la primera condición formulada en mi respuesta del tres del último octubre.

“Otra también os indicaba entonces, á saber, la relativa á asegurar las garantías necesarias para que el naciente Imperio pudiese consagrarse con

calma á la noble tarea de establecer sobre bases sólidas su independencia y bienestar. Contamos hoy, señores, con esas seguridades, merced á la magnanimidad de S. M. el Emperador de los franceses, que en el curso de las negociaciones que sobre este punto han tenido lugar, se ha mostrado constantemente animado de un espíritu de lealtad y de una benevolencia, cuyo recuerdo conservaré siempre en mi memoria.

“Por otra parte, el augusto jefe de mi familia ha consentido en que yo tome posesión del trono que se me ofrece.

“Ahora, pues, puedo cumplir la promesa condicional que os hice seis meses ha, y declarar aquí, como solemnemente declaro, que con la ayuda del Todopoderoso acepto de las manos de la nación mexicana la corona que élla me ofrece. México, siguiendo las tradiciones de ese nuevo continente, lleno de fuerza y porvenir, ha usado del derecho que tiene de darse á sí mismo un gobierno conforme á sus votos y á sus necesidades y ha colocado sus esperanzas en un vástago de esta casa de Hapsburgo, que hace tres siglos plantó en su suelo la monarquía cristiana. Yo aprecio en todo su valor tan alta muestra de confianza y procuraré corresponder á élla. Acepto el poder constituyente con que ha querido investirme la nación, cuyo órgano sois vosotros, señores, pero sólo lo conservaré el tiempo preciso para crear en México un orden regular, y para establecer instituciones sabiamente liberales. Así que, como os lo anuncié en mi discurso de tres de octu-

bre, me apresuraré á colocar la monarquía bajo la autoridad de leyes constitucionales, tan luego como la pacificación del país se haya conseguido completamente. La fuerza de un poder se asegura, á mi juicio, mucho más por la fijeza que por la incertidumbre de sus límites, y yo aspiro á poner para el ejercicio de mi gobierno, aquellos que sin menoscabar su prestigio puedan garantizar su estabilidad.

“Nosotros probaremos, así lo espero, que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del orden; yo sabré respetar la primera y hacer respetar el segundo.

“No desplegaré menos vigor en mantener siempre elevado el estandarte de la independencia, ese símbolo de futura grandeza y de prosperidad.

“Grande es la empresa que se me confía, pero no dudo llevarla á cabo, confiado en el auxilio divino y en la cooperación de todos los buenos mexicanos.

“Concluiré, señores, asegurando de nuevo que nunca olvidará mi gobierno el reconocimiento que debe al monarca ilustre, cuyo amistoso auxilio ha hecho posible la regeneración de nuestro hermoso país.

“Por último, señores, os debo anunciar que antes de partir para mi nueva patria, sólo me detendré el tiempo preciso para pasar á la Ciudad Santa á recibir del Venerable Pontífice la bendición tan preciosa para todo Soberano, pero doblemente importante para mí, que he sido llamado á fundar un nuevo Imperio.”

Al escuchar estas últimas palabras, todos los circunstantes se estremecieron.

— Sire, — exclamó el señor Gutiérrez Estrada — con emoción sin límites, con gozo inefable recogemos, en nombre de la nación mexicana, el solemne SI, que acaba de pronunciar Vuestra Majestad. Esta aceptación completa y absoluta, tan ardientemente deseada, tan ansiosamente esperada, es el preludio y, con la ayuda de Dios, debe ser la consagración de la salud de México, de su próximo renacimiento, de su futura grandeza!

“En día semejante, nuestros hijos elevarán al cielo acciones de gracia por esta liberación milagrosa.

“Nos queda por cumplir un postrer deber, y es el de poner á vuestras plantas, Sire, el amor de México, su reconocimiento y el homenaje de su fidelidad.”

Y mientras que en el palacio resonaban los reiterados gritos de ¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz! el abad de Lacroix, monseñor George Rachich, capellán de Miramar, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, penetró al salón acompañado de cuatro sacerdotes, de los cuales el mexicano, doctor Ignacio Montes de Oca, llevaba el libro de los Evangelios que presentó á Maximiliano.

Maximiliano, con la mano extendida, pronunció entonces, con voz vibrante, esta fórmula de juramento:

“Yo, Maximiliano, Emperador de México, juro

por Dios y por los Santos Evangelios, asegurar, por todos los medios que se encuentren en mi poder, el bienestar y la prosperidad de la nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio.”

Y mientras que los gritos se redoblaban y que estallaba el entusiasmo, el pabellón mexicano era enarbolado en el tope de la torre. La fragata austriaca *Belona* le saludó en seguida con veintidós cañonazos, á los que respondieron la ciudadela de Trieste y la fragata francesa *Themis*.

A las once y tres cuartos, nuevas salvas anunciaron que, en la capilla del palacio, pequeña para tan gran concurrencia, se cantaba el *Tedum*, en presencia del Emperador y de la Emperatriz. En seguida, el capellán y su clero acompañaron al Emperador hasta el gran salón, donde él recibió á su vez el juramento de fidelidad del señor Velázquez de León, nombrado ministro de estado y del general Woll, nombrado primer edecán de Su Majestad. La ceremonia había terminado.

En seguida tomó Maximiliano diversas medidas, procediendo en concepto de soberano. Por un primer decreto nombró al general Almonte, teniente del Imperio, mientras llegaba él á México; y encargó al comandante Rodríguez que partiera inmediatamente para México y pusiera dicho decreto en poder del general.

Los señores Hidalgo, de Arrangoiz, Aguilar y Murphy fueron nombrados embajadores de S. M. ante las cortes de París, Londres, Roma y

Viena, é invitados á dirigirse á sus puestos sin tardanza.

Otros decretos, firmados el mismo día, ratificaron el empréstito de 210 millones de francos al 6 por ciento, celebrado condicionalmente en Londres, el 20 de marzo anterior, en casa de los señores Glyn Mills y Co. por el conde Zichy; arreglaron los intereses vencidos para los tenedores de bonos de la deuda mexicana contraída en Inglaterra y confirieron á M. de Germiny, senador, ex-ministro de hacienda, las funciones de presidente de la comisión mexicana de hacienda que se instituyó en París para el servicio de esta deuda exterior.

Se dió también fecha de 10 de abril á los decretos preparados para levantar y equipar, en Austria, una legión de 2,500 hombres y un cuerpo en Bélgica de 2,000 voluntarios, que habrían de formar la *Guardia de la Emperatriz*. El coronel Matías Leisser fué el encargado de llevar adelante, en Viena, esta organización: en Bruselas, la tuvo á su cargo el teniente coronel Van der Smissen, que reemplazó al teniente general Chappleé, primitivamente designado para el efecto. La casa de Rothschild abrió, para cada uno de estos cuerpos, un crédito de 1.800,000 francos. Se prometieron á los que se enrolaran alta paga y terrenos en México, después de seis años de servicios.

Finalmente, los señores Herbét y Velázquez de León firmaron los dos tratados cuyos términos, convenidos en el gabinete del emperador Napo-

león en París, el 12 de marzo, no necesitaban sino de esa formalidad para tener pleno y completo efecto.

Por la noche, un gran banquete debía de reunirse en Miramar á aquellos que asistieran á la ceremonia de la mañana. Pero las fatigas morales y físicas de éstos dos últimos días habían sido muy fuertes para Maximiliano. El desgraciado príncipe, á quien tantas emociones quebrantaran, se hallaba completamente abatido.

El doctor Illeck, su confidente y su mejor amigo, le encontró aislado en la biblioteca, trastornado, incapaz de presentarse en público. Comprendió que era preciso sustraerle á cualquier suplicio de presidir todavía el banquete. Le persuadió de que debía dejar ese cuidado á la Emperatriz, que era más valerosa y más fuerte que él y lo condujo al *gartenhaus*, castillito retirado, situado en el fondo de los jardines. Allí permaneció sólo con él, mientras que los convidados se estrechaban alrededor de la gran mesa en uno de los inmensos salones del primer piso, en cuyo centro, radiante, brillaba la princesa Carlota, con el cardenal-patriarca de Venecia y el general Frossard á cada lado.

La partida se había fijado para el día siguiente; pero la situación de Maximiliano hizo necesario esperar, para verificarla, á que éste pudiese soportar las fatigas del viaje.

Al día siguiente, 11 de abril, almorzó todavía sólo con el doctor Illeck, que por primera vez fué testigo de un acceso de impaciencia de su parte.

La Emperatriz acababa de entrar, llevándole un telegrama de Napoleón III. Maximiliano puso violentamente el tenedor sobre la mesa.

—Te digo que ahora no quiero oír hablar de nada de México, dijo.

Y la Emperatriz, calmada siempre, sin que aquello pareciera desconcertarla, se retiró, llevándose el telegrama.

El abatimiento que sucede á las grandes crisis y la debilidad que viene después de las resoluciones violentas, dominaban en tal instante en el alma de este príncipe, para quien la ambición no era más que una pasión de circunstancias, pasajero esfuerzo de un espíritu inclinado á las divagaciones dulces. En el momento de abandonar para siempre ese palacio y sus jardines, testigos de felices días, sentía como si le recobraran esos mil invisibles lazos con que las cosas, siquiera sean insensibles, cautivan nuestra sensibilidad: como el poeta, hubiera exclamado con todo su corazón:

Objetos inanimados, tenéis pues una alma  
Que con nuestra alma se encariña y la obliga á amar?

Durante tres días, permaneció encerrado en su retiro, sin fuerza, ni para mirar frente á frente el partido que había tomado con su plena voluntad, ni para adquirir, con lo irrevocable de su resolución, esa energía suprema de las voluntades titubeantes.

Entre tanto, la partida había sido aplazada para el jueves 14. Siempre sola, pero regocijada, llena de confianza y de buen humor, la empera-

triz Carlota desempeñaba ya su oficio de soberana. El 12, recibía á las autoridades civiles y militares de Trieste, las diputaciones de las ciudades de Venecia, Fiume, Goritz, Parenzo, que, con sus homenajes y sus saudades, la llevaban los votos de esas poblaciones donde era el Archiduque de antiguo amado y venerado.

Durante ese tiempo, él no había recobrado un poco de valor, sino para dirigir al doctor Carlos Porrenta, podestá de Trieste, una carta reveladora de la melancolía de su alma:

“Querido Podestá:

“En el momento de ir á colocarme, lleno de confianza en la ayuda del cielo, al frente de un imperio lejano, no puedo dejar de dirigir á la bella y amada ciudad de Trieste un último y triste adiós.

“Me he encariñado profundamente con esta ciudad que, hasta cierto punto, había venido á ser mi patria; y, al abandonar Europa, siento cuán caros me son los recuerdos de gratitud que á ella me ligan.

“Jamás olvidaré la amabilidad cordial de sus habitantes, ni las pruebas de devoción que los triestinos han dado á mi familia y á mi persona. Tal recuerdo irá conmigo al extranjero, á modo de benéfico consuelo, á modo de feliz augurio para el porvenir.

“Siempre me será agradable el saber que mi jardín de Miramar es visitado por los habitantes

de Trieste y quiero que, en cuanto lo permitan las circunstancias, se les abra todos los días.

“Deseo que los pobres conserven un recuerdo de mis simpatías y, para ellos, envío á vd. la suma de veinte mil florines (cincuenta mil francos), cuyos intereses deberán ser repartidos por la municipalidad, cada año, la vispera de Navidad, entre las familias necesitadas de la población.

“En cuanto á vd., doctor Carlos Porrenta, representante de la ciudad de Trieste, yo le confiero la cruz de comendador de la orden de mi imperio. Su afectísimo

MAXIMILIANO.”

Si el príncipe echaba de menos á Trieste, Trieste echaba de menos al príncipe. De ese modo, el día 14, por la mañana, la manifestación popular tomó un carácter á la vez conmovedor é imponente.

En el camino, cuya extensión de cuatro kilómetros bordea el mar entre Miramar y Trieste, una multitud conmovida y simpática se extendía, ávida de contemplar por última vez la imperial pareja. Pronto invadió las alturas que dominan el castillo, los senderos del parque, los alrededores...

Era la una de la tarde, cuando seis vapores de la Compañía de Lloyd transportaron al palacio al consejo municipal, á la cámara de comercio y á una diputación encargada de entregar á Maximiliano un magnífico álbum de márfil, que contenía las vistas principales de Trieste y una dedicato-

ria firmada por más de doce mil personas. Era el agradecido recuerdo de la población al Archiduque bien amado, que se había convertido en su sostén y en su benefactor.

Maximiliano no había abandonado su retiro ni su soledad. El doctor Illeck le suplicó que fuese, en persona, á recibir á esa excelente genie. Se decidió á ello; pero deseoso de evitar la multitud, que por todas partes se extendía, siguió un sendero á lo largo del mar y penetró al castillo por los subsuelos. Allí le esperaba una nueva emoción imprevista. Habíase reunido la servidumbre: aquellos de sus servidores que no habrían de seguirle, se precipitaron hacia él y con muestras de sincera aflicción besaron su traje.

Esta escena le enterneció en términos de que ya no podía más, cuando se encontró en presencia del podestá y le oyó expresar la universal tristeza que causaba su partida. Apenas pudo leer breve respuesta.

La *Novara* estaba ya sobre su máquina, á cerca de doscientas cincuenta brazas de la escalera de mármol, en cuyo pie esperaba la embarcación guarnecida de oro y de púrpura, que habría de llevar á bordo á Sus Majestades.

A las dos, precisamente, se abrieron las puertas del palacio: el Emperador de México apareció en el umbral, dando el brazo á la Emperatriz. En seguida venía el archiduque Luis Víctor, su hermano menor, que habría de acompañarles hasta Roma.

En tal momento, la multitud se descubrió es-

pontáneamente y lanzó una aclamación inmensa. Músicos, venidos de Trieste, entonaron el himno de bienvenida que la diputación mexicana había hecho componer en París y que habría de ser el himno nacional de México. Salvas de artillería estallaron por todas partes.

La emoción llega á su colmo: todos quieren ver al príncipe y saludarle por última vez. Con expansión enteramente italiana, unos se arrojan á sus plantas, otros le arrojan flores, lanzando gritos de despedida.

El, con los ojos preñados de lágrimas y el pecho oprimido, pasa al lado de la sonriente Emperatriz. Incapaz de pronunciar una palabra, da las gracias con el gesto, con la mirada.

Descienden la escalera y penetran á la embarcación que les aguarda. . . . La chalupa se aleja de la orilla bajo una lluvia de flores.

Pasan algunos instantes y luego se escuchan hurras que salen de la escuadra y anuncian que Sus Majestades han llegado á la *Novara*.

En el palo mayor de la fragata se iza el pabellón mexicano: lévase el ancla, el barco se balancea sobre las olas y se pone en marcha. Toda la escuadra se agita. . . .

Desfila ante la ciudad de Trieste, que está suficientemente próxima para que se oigan las aclamaciones de los habitantes agrupados en los muelles.

La *Fantasia*, ese yate que recuerda á ambos esposos, pasados tiempos dulcísimos que no volverán, abre la marcha. Viene en seguida la

*Novara*, toda empavesada, á la que, al pasar, saludan los cañones de la costa. Sigue la *The-mis*, que con ella debe navegar en conserva hasta Veracruz, rodeada de seis vapores del Lloyd, que forman el cortejo, hasta algunas leguas de distancia de Trieste.

El mar está en calma y su superficie, unida, semeja la de un lago. A las cuatro de la tarde, todos los barcos desaparecen en el horizonte.

Con mirada suprema, Maximiliano saluda las costas de su patria; luego, impotente para dominar por mayor tiempo la emoción que le embarga, corre á encerrarse en su cámara, para allí llorar oculto!

Debilidad postrera de un corazón desgarrado. Al día siguiente reaparece sobre el puente, sonriente y alegre. Cumplida la separación, ya no pensaba sino en aquel porvenir que iba á buscar tan lejos y que, en su ensueño, entreveía brillante y glorioso. . . .

Algunos meses antes, durante sus permanencias en Viena, el Archiduque veía á Francisco José pasar revista diariamente, en la plaza del palacio imperial, á las tropas que iban al norte, á auxiliar á Prusia en su gran lucha contra la pequeña Dinamarca.

El señor de Arrangoiz cuenta que, durante una de esas revistas, como el príncipe le preguntara qué pensaba de esta nueva guerra, él le confesó que no advertía qué ventajas sacaría de élla el Austria.

—No espere vd. ventaja alguna, le dijo enton-



ces Maximiliano. Es un disparate, el que comete este gobierno. Pronto tendrá guerra con Prusia, y sólo Dios sabe cuáles serán las consecuencias para Austria!.....

¡Singular clarividencia respecto de su país, en un hombre ciego respecto de sí mismo! Y ¿cuán sorprendente y dolorosa visión hubiera sido para todos, la que ofrecería el porvenir, si desgarrando sus velos, hubiese mostrado á esta misma *Novara*, hoy empavesada con los colores más risueños, cubierta con largos velos negros y trayendo á ese mismo Miramar el cuerpo atravesado por ocho balas del "Emperador de México?"

#### MEMORIA SCHLÉSING (1)

"Señor General:

La manera como he tenido el honor de serle recomendado, me impone la obligación de hacerle conocer, de la manera más breve posible, las impresiones que en mí ha producido la cuestión franco-mexicana.

Lo haré, señor general, de una manera enteramente confidencial, con la franqueza y la conciencia que vd. debe de aguardar de un hombre honrado y completamente extraño á todas las intrigas y pasiones políticas; pero que se interesa de todo corazón por el honor y por la gloria de nuestro país, así como por su legítima influencia en este continente, donde tantos de sus hijos se han establecido.

Creo de mi deber dirigirle estas reflexiones, de las cuales asumo la responsabilidad; quizás le han sido hechas ya antes por algunos otros de mis compañeros que han adquirido, como yo, larga experiencia de las cosas y de los hombres del país; quizás ha reconocido vd. mismo su exacti-

(1) El envío de este documento fué hecho con nota del mariscal Bazaine. Empezaba así: "La Memoria sobre México merece ser reproducida íntegramente, porque está escrita prudentemente y porque los hechos la han prestado una sanción que hoy día no puede negarse . . ."

tud, desde su llegada á este suelo y la intervención de vd. en una cuestión tan mal conocida en Europa; me las han sugerido el amor que profeso á mi patria, los sentimientos de justicia y de lealtad que constituyen el fondo del carácter francés y el deseo que tengo de ver á Francia salir, con universal aplauso, de las dificultades que ofrece la satisfactoria resolución del problema que la suerte ha puesto en manos de vd.

No tengo ni el derecho, ni la intención de juzgar la política de Francia: descansando en la habilidad del Emperador y en la de vd., espero confiadamente un desenlace que juzgo habrá de verificarse pronto; pero ha sido interpretada por modos tan diversos la cuestión mexicana, ha puesto en juego tantos opuestos intereses, ha suscitado tantas pasiones, buenas ó malas, que comprendo que haya resultado imposible el juzgarla bien desde lejos; puede ser que una voz eminentemente francesa, imparcial y que no se eleva sino en nombre de los intereses generales, sea escuchada por vd. con benevolencia, en medio de las contradicciones que han podido sumirle en dudas y vacilaciones.

Lejos de mí, por lo demás, toda idea de contrariar, en modo alguno, sus miras ó las instrucciones que le hayan sido dadas; si estas notas pueden serle de alguna utilidad, ello me dará placer y me pondrá orgulloso; y si vd. tiene algún motivo para no tomarlas en consideración, puede darlas desde ahora por inexistentes.

La lógica inexorable de los hechos consuma-

dos desde que comenzó la expedición, así como crueles decepciones, han debido demostrar ya al gobierno francés que ha aceptado con suma facilidad aserciones interesadas é informes inexactos, desmentidos perentoriamente por los acontecimientos. Permitame vd., señor general, algunas palabras acerca de la situación moral y material del país.

México cuenta apenas cuarenta años de existencia como nación independiente. Salido del régimen colonial, cuya opresión y cuyos abusos son conocidos, el pueblo mexicano entró de repente y sin transición al ejercicio de derechos políticos muy extendidos. Los hijos del país cuidadosamente excluidos por la vieja política española de toda participación en los negocios públicos, se han encontrado de repente llamados á gobernar por sí mismos; se han lanzado á la aplicación de teorías nuevas, completamente opuestas á las que vieran poner en práctica por sus dominadores. ¿Es, entonces, mucho de admirar que, teniendo que luchar contra los errores exigidos por el pasado y contra las mal definidas aspiraciones para el porvenir, hayan gastado los primeros cuarenta años de su existencia independiente en estériles tanteos, en ardientes luchas y en disensiones intestinas?

La prolongación de esas convulsiones había tenido por inevitable consecuencia el excitar las ambiciones individuales y el aniquilar todo principio de legalidad gubernativa. La fuerza había reemplazado al derecho, y la fuerza residía en lo

que se llamaba ejército; de allí, esa serie no interrumpida de pronunciamientos militares que han hecho y deshecho tantos presidentes en tan cortos años.

En esta sociedad nueva han entrado desde un principio en conflicto los principios que dividen á toda comunidad política: el principio retrógrado y el progresista.

Vd. conoce, señor general, las peripecias de esta lucha; ha durado, merced á la perseverancia de los unos y al colosal poder de los otros.

Desde hacía más de tres siglos, el clero mexicano se había ocupado más de cimentar su poder temporal, que de cumplir fielmente su misión espiritual. Había atesorado hasta el punto de poseer el tercio de la riqueza del país; diez veces más rica que el Estado, la Iglesia establecía y derribaba gobiernos á su antojo: disponía con largueza de sus inmensos tesoros—ese "patrimonio del pobre," del que no era sino la depositaria—y los empleaba para la realización de planes de dominación política; le era necesaria la fuerza y élla compró á lo que han dado en llamar ejército; de esa suerte falseó esa noble institución que no puede vivir sino de honor y abnegación y que se ha convertido bajo su influencia perniciosa en un foco de corrupción y de venalidad.

El pueblo mexicano, pues, no había hecho sino cambiar el embrutecedor despotismo del régimen colonial, por el despotismo, todavía más embrutecedor de un clero ávido, inmoral y corrompido. Si por un esfuerzo de energía lograba

sustraerse un instante á la dominación clerical, en el acto, un pronunciamiento militar le arrojaba otra vez en su estado habitual de servidumbre y de abyección.

Tal es, señor general, en pocas palabras, la historia de los cuarenta años de la revolución mexicana: todos los pronunciamientos que han tenido por objeto un despotismo intolerable, han sido sostenidos y discurridos por el clero, y realizado por el ejército, instrumento suyo.

La nación se substraó á la dominación española con la guerra de independencia; quiso substraerse á la dominación clerical por medio de un 89.

Este 89 lo ha realizado en 1856, siguiendo el ejemplo de Francia, aplicando los principios proclamados por Francia, tomando á Francia por modelo. La historia de nuestra gran revolución le ha comunicado un vigor, un valor, una energía que no hubieran podido sospecharse en ella, los cuales le dieron el triunfo.

Me tomaré la libertad, señor general, de señalar particularmente á la atención de Vd. la notable analogía que ofrecen la Francia de 1789 y el México de 1856. Este punto histórico merece que se le profundice, y Vd. adquirirá conmigo la convicción de que, en este siglo, México tenía—como Francia en el siglo pasado—derecho, necesidad, imperiosa urgencia de modificar radicalmente su estado social.

La empresa era ardua: era necesario, para realizarla, una revolución verdaderamente popu-